

004818

(Doc. No 1)

"PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS DE GÉNERO" - U.N.A.M.

03.03
R73
999

(Mariana, desde el destierro: una historia de vida)

Stella Quan Rossell

Centro de Estudios Sobre la Universidad, UNAM

octubre 31 de 1996

PRIMERA PARTE: INFANCIA Y ADOLESCENCIA

La Guatemala de mi niñez era una preciosa ciudad provinciana en que era fácil, sumamente fácil desplazarse; cruzar calles y avenidas, caminar y caminar; y muy pronto estar en casa de la abuela, de los distintos primos. Una de las decenas de herencias familiares que poseo me hizo estar consciente siempre de los regalos cotidianos de la naturaleza: de la belleza del cielo al amanecer o al ponerse el sol; de los árboles, de las plantas y las flores; las montañas y volcanes custodiando siempre la ciudad que yo asumía me cuidaban a mi y al mismo tiempo me ponían límites. desde niña me fascinó, además de lo propio, "lo otro", lo que estaba detrás de las montañas, más allá del volcán, lo que existía "donde acababa el mar". No recuerdo si al rezar dábamos gracias por los dones de la naturaleza pero no es exagerado afirmarlo dadas las extraordinarias cualidades de mi abuela; la madre de mi padre... si dábamos gracias por tener el pan nuestro de cada día... y rezábamos por que lo tuvieran los que de él carecían ... familia gregaria y amorosa la nuestra que giraba alrededor de ese ser extraordinario que era doña Mariana Valenzuela, fallecida en 1966...

Unas palabras más sobre ella porque fue un ser determinante en mi existencia, en la existencia de toda mi generación (familiar), además de la obvia de nuestros padres y demás antecesores... doña Mariana era optimista, vital, "al mal tiempo buena cara", "un ánimo recto hace una vida feliz"... y respetuosa, profundamente respetuosa de cada ser humano sobre la tierra... el señor basurero, el señor limosnero, la señora prostituta... "El que esté libre de culpa que tire la primera piedra" respondió cuando alguno de nosotros preguntó sobre algún comentario escuchado en la iglesia. No entendimos en ese momento, ¡claro!, éramos muy pequeños ¡pero cuánto lo he comprendido y valorado después!

Aunque sólo tengo un hermano mayor, mi vivencia siempre fue la de ser hermana de once personas más, mis primos (una fallecida a los catorce años), lo sigo viviendo así. Cuando te mencioné el caminar por las calles de mi ciudad, de inmediato me vi rodeada de primas y primos y de los amigos que a lo largo de la vida se han ido adhiriendo a la familia y convirtiéndose en miembros de ella, con voz y voto... familia extensísima descendientes de los Quan Valenzuela; mi abuelo chino, don Julio; y doña Mariana, de quien ya te hablé. Agrégale a lo guatemalteco el ingrediente chino y tendrás entonces a una familia en que vivos y muertos convivíamos en agradable armonía; mi abuelo había muerto cuando yo tenía cinco años, pero don Julio estaba presente permanentemente a través de las charlas cotidianas de mi abuela; no como un recuerdo de alguien que ya no es, sino de alguien que sólo se ha alejado por un momento. En el contexto de mi país, y sus decenas de miles de muertos, secuestrados y desaparecidos, tal aprendizaje me ha sido sumamente valioso, como podrás entender. Ausente estaba el tío Arturito a quien mi abuelo envió al sur de China, a kau-kon, de donde era originario; hizo lo mismo con mi padre quien fue a la China a los doce años y regresó a los veintidós. Tío Arturito se fue a los siete y nunca regresó; mi abuela habló de él cada día de su vida; también lo hizo el de su muerte, si don Julio y ella tuvieron desacuerdos sobre su viaje no lo sé, pero cada cumpleaños de mi abuela (la fiesta grande de la familia) y cada navidad, creo que todos los de mi generación estábamos preparados para verlo llegar, decir ¡hola! y sentarnos todos a su alrededor a que "nos contara cosas", como se hace cuando los que estamos lejos regresamos cada cierto tiempo; era Quan, pertenecía, como pertenecemos los demás. Disfruto de ese privilegio, soy integrante de un gran conjunto de seres humanos cuya solidaridad se prueba en cada pequeño acto y también en otros trascendentes.

Te doy dos o tres pinceladas más de infancia y adolescencia. De la primera recuerdo los viernes por la noche en que había que escribir los pecados para la confesión del día siguiente... dormíamos en casa de mi abuela. Me desesperaba hacer lista de mis pecados que era un ritual asesorado por ella y en que era implícita cierta actitud mística, de recogimiento, de examen de conciencia. Yo prefería ver viejas fotos, imágenes, estampas y las mil maravillas que par mí era el cuarto de mi abuela; en ese cuarto, para la época navideña, elaborábamos colectivamente el enorme nacimiento. Mi sentimiento de aburrimiento o molestia no se debía a que tuviera que realizar esa tarea con mi abuela, porque ella tenía la magia de convertir en fascinante y encantador, siempre como un gran descubrimiento, todo lo que hacíamos en su compañía. Lo que pasaba era que el día siguiente teníamos que rezar, antes de la confesión, el "Yo pecador" además de darnos los golpes de pecho respectivos; internamente siempre me rebelé contra esto; aquello de "por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa"; un día le pedí perdón a la virgen antes de hacerlo, pero dije en susurro; ¿yo qué culpa tengo?. Como no hacía mi lista de pecados, mi prima mayor me los "soplaba" cuando yo ya estaba hincada en el confesionario a la mañana siguiente y ella se colocaba pegadita a la puerta. Un día le confesé al cura que yo multiplicaba (quizá fue de las pocas ocasiones en que Ana Maria no tuvo tiempo de "soplarme"), el cura que nos conocía desde siempre pues asistía a los almuerzos de cumpleaños de doña Mariana, me explicó afectuosamente que eso no era pecado. Le expliqué que yo creía que sí lo era ya que lo que yo multiplicaba era la penitencia. Me pidió se lo explicara; lo hice. Le informé que si él me ponía diez avemarías, yo rezaba una y la multiplicaba por diez... igual con los padrenuestros... no recuerdo su respuesta pero debe haber sido amorosa porque para nada lo recuerdo como un hecho desagradable, mucho menos traumático...

De jóvenes recuerdo los deportes, el basketbol, nadar, patinar, etc. Y por supuesto las fiestas, bailar no sé cuantas veces al mes pero eran muchas; y "las idas" al mar, a Amatitlán, a Atitlán, por supuesto. Todo esto para decirte que infancia y juventud fueron épocas de plenitud y belleza, de regocijo: "porque están en la edad, plantea la Yourcenar, en que tal vez por fortuna, un capullo de sueños y emociones envuelve a la mayoría de los seres jóvenes y amortigua para ellos los choques de la realidad"...

¿Estaba consciente de la diferencia de educación que se daba a hombre y a mujeres?. Si, por supuesto, y para seguir con algo que ya mencioné, "las idas a bailar"; me rebelaba ante el hecho concreto de que primos y amigos hombres elegían con quien bailar después de darse todo el tiempo del mundo para observar y después elegir; las mujeres, en cambio, debíamos esperar pasivamente a que se nos eligiera; sin embargo, de nuevo te diría que el hecho de pertenecer a un grupo grande cambiaba radicalmente las cosas; como amábamos bailar por bailar, generalmente lo hacíamos entre los que integrábamos el grupo en donde las mujeres sí elegíamos. Y lo hacíamos por la gran confianza entre primos y amigos. Y por la misma razón, como andábamos siempre juntos, íbamos adonde fuera, sin restricción alguna. Pero me era evidente que había sectores del mundo masculino que nos estaban vedados en tanto mujeres; inclusive el de mi hermano y primos...

Por otra parte, no sé si finalmente entrevistaste a Graciela y esto sí es importante destacarlo... si Graciela te lo contó lo sacas de mi texto y ya... recuerdo que una de las fiestas de infancia que se quedó impresa en mí fue la de su graduación, la de su examen público (como sabes, en Guatemala se hacen dos exámenes); en el privado había ocurrido que cuando Graciela entró al recinto para defender su tesis sobre la necesidad del voto para la mujer guatemalteca, tranquilamente alguien del jurado le dijo que no habría

mujeres abogadas en Guatemala. Lo repitió; **no habrá abogadas mujeres en Guatemala.** Por supuesto que sí las hubo y Graciela fue la primera de ellas, pero el desacuerdo con sus planteamientos quedó plasmado en su tesis, en la segunda página se asienta: "Artículo 19 de la Ley Orgánica de la Universidad Nacional de Guatemala.- "Por las ideas desarrolladas en la tesis, sólo el candidato será responsable, pero la desaprobación del Tribunal acerca de estas últimas, no será parte de la calificación del examen, ni motivo para negar el título". Esto ocurrió en diciembre de 1943.

Este hecho, sin duda, quedó ahí, en mi inconsciente, (eso lo supe muchos años después) como un ejemplo evidente de que la diferencia de sexos implicaba desigualdad, una enorme desigualdad entre hombres y mujeres; pero al mismo tiempo, que los derechos se ganan, no se suplican ni se mendigan, hay que luchar por ellos, hay que exigirlos. **La vida no es una ganga, repetía doña Mariana desde que éramos muy chicos, hay que ganársela.**

Y bien, abandoné Guatemala a los veinte años, viví en Estados Unidos tres años y medio con un sector de mi familia... al igual que Aministía Internacional, en mi familia tenemos secciones, viví pues con la Sección temporalmente estadounidense, en Washington la mayor parte del tiempo; con Graciela, mi tía- mamá y con Lourdes, mi hermana-prima. De esa etapa no voy a hablarte porque no es relevante para tu trabajo... (1)

Notas de la Primera Parte:

(1) Graciela Quan Valenzuela fue la primera abogada egresada de la Universidad Nacional de San Carlos de Guatemala. Fue delegada de su país a Naciones Unidas y tuvo otros cargos internacionales: Presidenta de la Comisión Interamericana de Mujeres de la OEA y Presidenta de la **League of Women Voters**. Vivió en Washington, D.C. varios años. Radica en Guatemala y se ha jubilado.

SEGUNDA PARTE: REGRESO A GUATEMALA

Puedo ubicar con exactitud mi toma de conciencia sobre la realidad de mi país; ésta ocurrió, como ocurre con tantos y tantos jóvenes en distintas partes del mundo, con mi ingreso a la Universidad a principios de 1961. Había estado fuera tres años y medio, en EU, y a finales de 1960 regresé a Guatemala; pocas semanas después ingresé a la Universidad de San Carlos, a la Facultad de Humanidades a estudiar psicología... a finales del 60 había cumplido veinticinco años...

¿Los factores que influyeron más?. ¡Era tan obvio! los compañeros, los maestros, las personas que iba conociendo, tratando cada día... aquellos con los que me identificaba de inmediato, aquellos que me abrían y ofrecían mundos entrañables; eran, sin duda alguna, la gente "de izquierda"... en cualquier lado, en cualquier momento... en las aulas, en la cafetería, en las sesiones plenarias... Dios mio, aquellas sesiones plenarias! aquel sentido del humor, aquel manejo de la realidad del país, aquella vivacidad y pasión que desplegaban en ellas!... todo ello me lo ofrecían no otros, te repito, sino la gente de izquierda. Siete años hacía, a partir de julio 54, que Guatemala era otra vez el feudo de los quema-libros, de los reaccionarios más deplorables y obtusos; cuando regresé, Guatemala seguía teniendo el olor de la represión, del miedo, de ese triste hábito producto de pueblos gobernados por el terror, de hablar en murmullos cuando el tema era cualquier problema nacional...

Estas personas que empecé a tratar en la universidad, te repito, eran un conjunto de seres pensantes, anhelantes de cambios, de transformación profundas de la realidad de nuestro país; y de todos los países con regímenes represores, pienso en todos esos rostros ahora que hablo contigo, los

rememoro, centro mi recuerdo en ellos y siguen siendo rostros- verdad, honestidad, lindura, seres con decisión de vivir y luchar... me estoy refiriendo a mis condiscípulos y a algunos de mis maestros. Me refiero también a las personas que fui conociendo a través de ellos, de diversos sectores, de distintas facultades... y de pronto están tan presentes, tan vivos, que me es difícil no levantarme a abrazarlos, a bienvenidos... algunos han muerto... en la memoria viven intensamente. ¿Para qué mencionar nombres? son tantos y tan amados... ¿Los he idealizado con el paso del tiempo?. No es una pregunta relevante... están allí, en su lugar, y allí quiero que se queden... la trama de cada historia humana, tú lo sabes, tiene mil costuras, hilvanes, remiendos... Bueno, te hablé de conjunto, no porque ellos lo fueran no porque fueran gente organizada necesariamente, sino por la manera en que los distintos seres humanos van quedando impresos en tu memoria; "personas diferentes las unas de las otras - como plantea la Yourcenar en su libro sobre Mishima- pero que están incomprensiblemente unidas por la elección que de ellas hemos hecho". Por ellos y con ellos empecé a percibir la realidad de mi país de manera enteramente distinta, de manera diametralmente opuesta a como la había vislumbrado hasta entonces; era prodigioso y terrible a la vez ir entendiendo, ir asumiendo la realidad "real" de mi país, ir observando mi ciudad, mi país con mirada enteramente nueva, bajo la perspectiva que ellos (y las decenas de textos que empecé a leer) tenían de los fenómenos que vivíamos... la característica esencial de las personas que fui conociendo y queriendo en la universidad era su pasión por comprender lo que ocurría en el país y en el mundo; y la de buscar qué hacer al respecto... actuar para transformar esa realidad pavorosa que era y sigue siendo la guatemalteca; eso es lo que todos ellos querían sin saber bien cómo hacerlo...

Leía vorazmente lo que me recomendaban, lo que me sugerían, básicamente lo que tenía que ver con la historia

del país y de América Latina en general. Ahí empecé a formar mi familia paralela, la que se elige, la que la vida nos permite ir conformando como tal, sin contradicción alguna con la mía propia. Con ellos empecé a analizar lo cotidiano, a examinarlo, a convertirlo en objeto de estudio - el abc del feminismo; y de Foucault por supuesto- como sabría después. Empezar a analizar todo lo que era "natural" en Guatemala fue ciertamente estrujante...

Cuando llegaron las movilizaciones de marzo y abril del 62, tenía ya una total claridad respecto a cual era mi elección, respecto al lado en que me encontraba. Y ciertamente mi elección no fue en pro de los que se habían prestado para ponerle fin a los diez años de revolución guatemalteca en la que finalmente y desde el gobierno, los guatemaltecos empezaron a luchar por lo elemental, por lo mínimo indispensable para vivir como corresponde a cualquier miembro de la raza humana... se habían tenido diez años apenas para empezar a colocar los cimientos que posibilitaban la convivencia de seres humanos libres para pensar, expresarse, crear... nó, mi elección no había sido por los que muy bien pagados en dólares sembraron las semillas de las frutas amargas que nos siguen atragantando y envenenando, aún ahora, tres décadas después de los sucesos que te relato...

Quiero hablarte, de manera especial, del primer hecho político que me tatuó para siempre, de uno de esos contactos ("momentos-choque" los llama la Yourcenar) con distintos seres humanos y situaciones diversas que van haciendo de ti lo que eres, lo que vas llegando a ser. Como te he dicho, yo era una total atarantada cuando recién regresé a Guatemala (lo sigo siendo, claro, pero eso es otro tema), estaba enamorada de mi país, fascinada con redescubrir el clima, los lagos, los volcanes, las maravillosas artesanías.... los acontecimientos de marzo y abril (por las lecturas, por inferencias) me obligaron, violentamente, a asumir toda la

reservaba tres para comer y caminar por la preciosa ciudad de Querétaro y daba tres de clase. Los alumnos hacían bromas de si mismos cuando por ejemplo, en el seminario de **Antropología Mexicana, Escuelas Teóricas**, un colega y amigo experto en cultura popular y yo los llevábamos a ver su propia ciudad y a observar distintas manifestaciones de arte popular con mirada nueva; me comentaban: andábamos atrás de ti y los **maestros que nos traes, como pollitos...** y también lo hacemos cuando sales del aula, lista para regresar a México... ¿te has dado cuenta?. Si me daba cuenta, era natural, la mitad de ellos, por lo menos, tienen la edad par ser mis hijos.

El otro seminario que impartí, y de cuyos temas centrales me he ocupado desde mi primer trabajo profesional como te he contado, migración, desarraigo, etc., fue el de **Estudios Chicanos**, este seminario fue especialmente gratificante porque buena parte de mis alumnos tienen familiares en EEUU, migrantes o residentes, y el material vivencial que aportaban era riquísimo; también tuve una excelente alumna chicana que hacía su maestría en Querétaro, fue una hermosa experiencia que repetiré en cuanto tenga tiempo.

Hace muchos años que vengo pensando que de los chicanos, de los mexicano-estadunidenses tenemos muchísimo qué aprender: sobre desarraigo, relaciones interétnicas, etc. ¿Cómo no profundizar en su historia y su presente con los millares de centroamericanos que residen en EEUU? los seminarios de estudios chicanos en Centroamérica, a partir de los ochentas, me parece, debieran ser parte del currículum en nuestras escuelas. Por cierto, somos dos millones de guatemaltecos desarraigados aproximadamente en este momento, entre los desplazados internos y los que vivimos fuera de Guatemala ¿no es así?.

En julio 92 fui invitada a ser investigadora de tiempo

completo del centro de estudios de la UNAM donde ahora trabajo, por una compañera y amiga, concursé para la plaza y gané; sin duda, aquí pertenezco, he trabajado en distintos centros de investigación fuera de la UNAM pero esto es lo mío, aquí soy feliz...

¿Qué reflexiones, qué esbozo de conclusiones darte respecto a estos treinta años de exilio?. De entrada decirte, tal vez, que no concibo estos largos años, décadas, como algo excepcional; con las distintas oleadas de otros exilios en diversas partes del mundo ha ocurrido lo mismo. Se llega al país de refugio pensando que se va a vivir en él unos cuantos meses (o años) y al final algunos o muchos asilados políticos se van quedando en él. Así ocurrió con el exilio español en México, varios de mis compañeros de la ENAH, del doctorado, y de los distintos centros donde he trabajado son hijos de ese exilio. Cuando los aislados políticos del cono sur, con muchos de los cuales también he sido compañera en talleres, seminarios, etc. (uruguayos, argentinos, chilenos) quisieron regresar a sus países se encontraron (algunos) con que los hijos no querían regresar, su país era México. Se dieron rupturas físicas también, algunos regresaron y los hijos se quedaron aquí, ya adultos, continuando sus estudios.

Acerca de vivir fuera de Guatemala te diría lo siguiente: Miguel Concha, maestro universitario y uno de los mas destacados luchadores por los derechos humanos en México plantea que debemos ser polígonos respecto a nuestros países latinoamericanos, amar vehementemente a todos; coincido con él, por mi parte soy bígama: Guatemala y México, y es desde la UNAM que me es posible ejercer esa bigamia, es desde aquí de donde pueden emanar proyectos bilaterales que me posibilitan a futuro quizá vivir algunos meses al año en mi país; mi ideal sería vivir mitad del tiempo acá y mitad allá. Y como todos los descendientes de doña Mariana y don Julio que vivimos fuera somos bígamos, ponernos de acuerdo para

coincidir todos allá, como lo hacemos cada vez que podemos.

¿Hablarte de mi familia? Comentarte más que nada que si ésta, cada vez más ampliada, continúa unida es porque cada conjunto nuclear es totalmente autónomo e independiente de los otros, porque cada integrante (regla no explícita fielmente cumplida) cuida la relación, las distintas relaciones. Tenemos diferentes concepciones y formas de pensar y actuar en la vida: respetamos esa pluralidad y diversidad sin pretender imponer la propia; el respeto, además del afecto, me parece, son los elementos clave.

Mis hijos no son la excepción en cuanto a amar a su país y al de sus padres, ambos son totalmente bígamos. Los dos viajaron a Guatemala cuando aún estaban en mi panza y no han dejado de hacerlo, mi hijo anda por allá ahora y en un par de mese irá a reunirse por tres o cuatro semanas, con la Sección Alemana. Y lo que es igualmente hermoso y no quiero dejar de mencionártelo: mis hijos siguen tan unidos con sus primos (son como 35) como yo fui con los míos, se aman profundamente. Un día cuando tres sobrinas que radican en Guate se hospedaban en casa y yo las observaba interactuar con mis hijos (charlando felices, abrazados, tomados de la mano; tenían entre 13 y 19 años) les dije emocionada: "cómo me fascina que no se hayan perdido esto, este amor entre Uds." Mi hija pragmáticamente me respondió: "y cómo no va a ser así si todas Uds. (la mayoría de mi generación somos mujeres), al mismo tiempo que nos daban de mamar nos decían: "tú tienes una familia enorme en Guatemala, mi tesoro". "A los de Guatemala nos decían en México y Alemania", agregó pragmáticamente también, una de las sobrinas; con un gesto como quien dice ¡Uf!...

Bueno, pero ha pasado el tiempo y ahora que mi hija, que Yoshi tiene a su bebé, Juan Pablo, y mi sobrina Milita tiene al suyo, quienes sólo se llevan tres días entre ellos (el

representar a determinado estrato de la población. Quizá la mía tenga el valor relativo de representar a ese sector de la clase media que pasa años definitivos de su vida lejos de su país... evadiendo, consciente o inconscientemente, su terrible realidad. O finalmente aprehendiéndola, asumiéndola y luchando por transformarla, como es el caso de centenas de personas de todas partes...

En noviembre del 63 vine a México con pasaporte de estudiante soltera, sólo que ya no lo era; estudiante sí, soltera no; me había casado la noche anterior "por poder", es decir, residiendo yo en Guatemala y mi pareja en México. Había recibido un enorme legajo de documentos legales de su parte para poder casarnos sin residir en el mismo país; un buen amigo mutuo lo representó en la ceremonia que se llevó a cabo en casa de mi abuela. Ya juntos en México fuimos a la Secretaría de Gobernación, a registrarnos como marido y mujer. De manera que llego al aeropuerto de la ciudad de México y me encuentro con un marido legal; él y su familia paterna (a quien quiero entrañablemente) me esperaban; nos vimos, nos dijimos ¡hola, esposa!, ¡hola esposo! y nos empezamos a reir de la situación; fue muy sano que nos carcajeáramos, por lo demás, ya que la situación que nos hizo casarnos por poder no merecía risa alguna; mi ahora ex marido (ex marido hace muchísimos años) había sido encarcelado durante tres meses (de junio a septiembre de ese año) sin haber sido nunca consignado; es decir, sin que legalmente pudiéramos probar que lo habían capturado, como era el pan nuestro de cada día en Guatemala una vez inaugurada la política contrainsurgente. Había sido golpeado y expulsado del país posteriormente y se le tiró al río Suchiate; días después me reuní con él en Tapachula y decidimos casarnos.

Y bien, si te relaté las circunstancias de mi matrimonio fue porque tenemos dos bellos hijos y ésta también es su historia, la historia de sus padres y de una de sus

patrias... y porque como buena mamá gallina que soy, mis dos hijos, un hombre y una mujer veinteañeros, son el objeto de mi mas grande amor. Por otra parte, soy abuela ahora y ésta también es su historia, la de Juan Pablo, mi nietecito de dos años.

TERCERA PARTE: LA VIDA EN MEXICO (1964-1994)

Recién llegada a México cumplí 28 años, han pasado treinta; de nuevo fui afortunada, el padre de mi ex marido fue un gran amigo de mi familia en Guatemala, se conocían desde la adolescencia y de él y su nueva familia sólo he recibido solidaridad, ternura, cariño. Fue tener otra familia tan solícita como la propia. Cuando me divorcié, tuve perfectamente claro que me divorciaba de Carlos únicamente, para nada de ellos.

No continué estudiando psicología, hice la carrera de etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en la ciudad de México, a la que ingresé dos meses después de mi llegada; la gente de la ENAH y del exilio guatemalteco constituyeron, de allí en adelante, mi nueva familia paralela.

En lo que toca a Guatemala, de las experiencias mas importantes en mi formación, rescato la elaboración de la tesis de la ENAH, producto evidente de lo que se vivía en México en esos momentos; como la gran mayoría de estudiantes extranjeros acá hice mi trabajo sobre mi país; buscaba comprender la Guatemala del siglo XX, desde las entrañas; por esto, durante cuatro años (1968-1972) recopilé materiales testimoniales que pudieran ser empleados -junto a los ya existentes- para el análisis de nuestros diez años de primavera (1944-54). Se trataba de contrastar las tiranías de Estrada Cabrera (1899-1920) y de Jorge Ubico (1930-1944) con la década de la revolución de octubre, para finalmente recrear la nueva época de horror a partir de 1954. Buscaba mostrar la azarosa vida del pueblo guatemalteco a lo largo del siglo veinte pero se trataba también de recrear su lucha conmovedora por los siglos de los siglos, el porqué determinadas partículas han subido y siguen subiendo a la

superficie en las vidas de mujeres y hombres de Guatemala, para seguir con la reflexión de la Yourcenar. Hice esto a través de la recopilación de las historias de vida de siete personas que habían participado de una u otra manera en la vida política del país; uno por cada década del siglo, era la idea inicial; allí comenzó para mí otro tipo de aprendizaje sobre Guatemala; allí empecé mi conocimiento directo y sistemático con un escritor cuyos libros habían sido pan de todos los días para mí, Luis Cardoza y Aragón. Aprendí muchísimo de todos los demás, de Alfonso Solórzano, compañero de toda la vida de Alaíde Foppa (1); del abogado Julio Gómez Padilla; hombres los tres que habían colaborado con los regímenes de Arévalo y Arbenz, con los gobiernos de la revolución... en fin, son siete historias de vida y una larga entrevista a don Edelberto Torres, maestro nicaragüense que fuera esencial en la formación de decenas de personas en Guatemala.

Cada historia de vida me tomó un promedio de un año para su recopilación, usaba el encuadre de una psicoterapia cara a cara (yo me psicoanalizaba en ese entonces y usé el encuadre psicoanalítico), con sesiones semanales de tres a cinco horas cada vez, con cada uno de mis testimoniados; personalmente intervenía lo menos posible, casi sin hablar en la mayoría de las sesiones para permitir que fluyeran las reflexiones y los recuerdos de mis testimoniados, buscando no interrumpir su pensamiento y el discurso consecuente. Durante la semana pasaba a máquina el relato y agregaba preguntas concretas para la próxima reunión; este material se los hacía llegar antes, para continuar con el mismo procedimiento de libre asociación de ideas y no interrupción del discurso. En fin, te menciono esto porque puede connotar una actitud en el exilio, común a la mayoría de los extranjeros residiendo en distintos países receptores; la de investigar sobre el país, la de llevar a cabo trabajos conjuntos que en algo puedan servir...

Pero te mencioné la tesis de la ENAH por otra razón; escuchar a mis testimoniantes a lo largo de cuatro años fue como recibir en la palma de mi mano, la historia reciente de mi país... y fue asumir una y otra vez, el compromiso colectivo y la posibilidad de trabajar grupalmente para coadyuvar a transformar esa historia, independientemente de lo nimio, de lo pequeñito de tu acción individual, como fue realizar ese trabajo.

Pero voy a referirme a los sesenta ahora y a detenerme un poco en cada década vivida en México. Para empezar te diría que mi generación en la ENAH fue profundamente vulnerada por los sucesos del 68 (3); a partir de entonces (nosotros estábamos en tercer año de la carrera) todo lo anterior, la teoría y la práctica de la antropología en México, fue revisado con una crítica radical, y académicos y estudiantes empezamos a vislumbrar otros enfoques, otras propuestas, una manera distinta de hacer antropología; los sucesos de enero de este años (1994) en México, para sólo mencionar lo más reciente, la insurgencia de los indígenas en Chiapas, ha devuelto ese ambiente, esa participación, ese clima de una sociedad civil partícipe y comprometida de los años sesenta, millares de personas organizándose y luchando, de manera crítica y exigente. La vida cultural en la ciudad de México en esa década fue tan rica y diversa (inauguraciones de museos, conciertos, exposiciones casi todos los días, florecimiento del teatro, excelente cine en las carteleras, en los cine clubs, etc.), que Carlos Monsivais, brillante escritor mexicano afirma que quien vivió el México de los sesentas no puede recordarlo todo. Yo los viví y he olvidado algunas cosas.

Ya en los setenta, mi primer trabajo profesional fue en la UNAM (71-74) con un contrato de tres años como investigadora de tiempo completo, fue allí que pude concluir la tesis de la que ya te hablé y graduarme; por su parte, mis hijos crecían (en 65 nació mi hijo y en 66 mi hija) e íbamos juntos a todas partes. De esa época recuerdo el 73 y el brutal derrocamiento del Dr. Allende, había un duelo total en todas las instalaciones de la UNAM, por donde pasaras; en un gran pizarrón del cubículo que yo compartía con tres investigadores más, alguien había escrito: **¡Salvador Allende ha muerto, viva Salvador Allende!**. Yo me había enterado de la noticia en compañía de mis hijos quienes lloraron al escucharla. Mi dolor fue grande al asumir que siendo tan

niños empezaban ya a vivir sus primeros momentos-choque.

Hice el doctorado del 73 al 76 inmediatamente después de graduarme de la ENAH en 72. A mediados de la década estuve en la provincia mexicana en trabajo de campo, investigando a la colonia estadounidense; el tema una vez más fue la migración, el desarraigo; también redacté algunos textos de divulgación. ¿Sabes? en todos estos largos años en México jamás he sufrido la más mínima discriminación por "extranjera", nunca; somos miles de seres humanos los que le debemos refugio y amor a este país. Para concluir con los setenta: en nov.-dic. 79 fui con una agrupación de latinoamericanos y europeos a Nicaragua como voluntaria, a trabajar con mujeres de barrios populares de Managua, allí me fue evidente que no bastaba con haberme psicoanalizado para ser capaz de dar contención al dolor de esas mujeres en situaciones límite que habían perdido padres, maridos, hijos, nietos y que depositaban su angustia, depresiones y somatizaciones en nosotras, sus colaboradoras temporales... esto, naturalmente, cuando ya habíamos apagado la grabadora y terminábamos la jornada para nuestras tareas de divulgación. Supe pues, que tenía que adquirir una formación complementaria si una de mis decisiones era trabajar en pequeño grupo con personas en situaciones límite; ¿qué guatemalteca o guatemalteco no venía así de Guatemala con la represión feroz de finales de los setenta y principios de los ochenta?. Llené esa carencia de 1982 a 1986 en dos escuelas de coordinación grupal fundadas por el exilio del cono sur, argentinos y uruguayos, en México; a finales de los setenta había empezado a ocurrir lo que después se convirtió en una situación cotidiana; la llegada masiva de guatemaltecos a México; en mil ocasiones he bendecido esos años de formación teórica y vivencial, sin ella quien sabe cuantas veces me hubiera quebrado, recopilando las dolorosas historias de mis compatriotas; es doloroso decirlo pero en esas épocas los momentos-choque dejaron de ser en mi vida lo excepcional para convertirse en los cotidiano. En febrero 76

había ocurrido el terremoto en Guatemala y decenas de guatemaltecos y mexicanos nos reunimos alrededor de Luis y Lya Cardosa para que la ayuda que reuniéramos en México llegara a los damnificados y nó al gobierno corrupto y asesino; quien nos convocó fue Alfonso Solórzano y fue entonces que empezamos a trabajar concertadamente con Alaíde en la subasta de obras de arte donadas por sus amigos pintores, etc: sólo puede disfrutar de su amistad cuatro años y medio, pero como a tantas otras personas, ésta me marcó para siempre.

Los años ochenta hubo un trabajo intenso con mexicanos, compatriotas y personas de distintos países en busca de solidaridad con Guatemala y contra la pavorosa represión; tuve una columna trisemanal en un periódico mexicano durante medio año (3) al mismo tiempo que trabajaba en un museo de culturas populares; los del viejo exilio estábamos en permanente contacto con las distintas oleadas de compatriotas recién llegados. A principios del 84 dos espléndidas mujeres chilenas, Anita de la Jara y Gloria Cruz, expertas en educación popular organizaron en la ciudad de México el Primer Programa para la mujer Refugiada, ellas dirigían el Centro de Estudios Ecuménicos en ese entonces; se me solicitó colaborar con ellas y lo hice gustosa y gratuitamente todos los sábados de diez de la mañana a dos de la tarde durante dos años y medio; de allí nació mi proyecto posterior con refugiadas guatemaltecas que tú me has escuchado exponer sobre identidad, exilio y memoria colectiva, que inicié dos meses después de concluir la carreta, complementaria a la mía, de coordinación grupal que ya antes te mencioné. ¿Por qué la hice? porque con ella busqué aprender, como te dije antes, a **contener** el dolor de las mujeres con las que trabajaba, a que aprendiéramos grupalmente, a convertir la joroba de los traumas y las pérdidas en una "mochila" que nos permitiera caminar, desenvolvemos más o menos adecuadamente, en los distintos sectores de nuestra existencia; eso fue lo

realidad de mi país, y en consecuencia, a asimilar angustiosamente la cotidianidad de esos seres humanos que vivían a la orilla de esos lindos lagos, de las personas que elaboraban esas bellas artesanías...

Cuando regresé a Guatemala nos gobernaba, como sabes, otro militar, un general saltarín, Miguel Ydígoras Fuentes; realmente es de carcajada, pero patética; para caracterizarlo basta narrar lo siguiente: cuando Ydígoras Fuentes toma el poder en marzo del 50 (con el apoyo de Estados Unidos por supuesto) la prensa mencionaba insistentemente la caducidad, la vejez del general. Indignado, Ydígoras organiza una aparición por televisión. Y ahí salta cuerda, presidencialmente, y hace todo tipo de malabarismos con pesas para demostrar su vitalidad, su juventud; no presencié tal lindura; lo leí en el Washington Post... esto se recrea muy bien en Fruta Amarga, el excelente texto de Schlezinger y Kinzer.

A mi regreso en diciembre de 1960, Ydígoras ya no saltaba cuerda, al menos, ya no transformaba este quehacer en un show de televisión; iba al mercado a bailar al ritmo de la marimba y otras lindezas de ese estilo para probar su vocación populista. Pero no sólo bailaba, también se daba tiempo para colaborar con el gobierno estadounidense permitiendo que éste usara a Guatemala como centro de entrenamiento y base aérea donde los instructores de la CIA entrenaban a los exiliados cubanos para derrocar a Fidel Castro; esto era un secreto a voces en Guatemala.

Bien, el primer momento-choque ocurrió así: estábamos en la Facultad de Humanidades en una sesión plenaria, de pronto entraron tres compañeros de la Facultad de Leyes y tambaleándose (el peso del dolor y del cansancio los hacían moverse así; hacia adelante y hacia atrás -todo el cuerpo- como si fueran a caerse) uno de ellos nos informó desde el

estrado: "han matado a tres compañeros, tenemos que seguir luchando"... éste fue mi primer contacto brutal con la muerte, con una nueva calidad de dolor; recuerdo el rostro, los rostros de todos esos jóvenes, los compañeros que me rodeaban y que para entonces ya eran entrañables para mi, que ya formaban parte esencial de mi existencia... y recuerdo el silencio; ese silencio terriblemente especial que en público o en privado siempre prosigue a tal tipo de noticia. Recuerdo las frases: "digan los nombres, digan los nombres..." y de pronto empecé a experimentar al misma angustia, la angustia colectiva que casi podías tocar con sólo alargar la mano. Las preguntas comedidas pero enérgicas continuaban: "¿se saben los nombres? ¿son de la Facultad de Derecho? ¿de cuales?". Y súbitamente asumes que puede tratarse de cualquiera de tus seres más amados, de tus primos, de cualquiera de tus compañeros o amigos... de entonces a la fecha empezó el viaje sin retorno de mi opción. No acriticamente ni mucho menos, Norma, pero luchando siempre, por modesta y humilde que sea esa lucha, para ser consecuente con esa opción.

Naturalmente fui con mis compañeros a la Facultad de Leyes donde el ejército había asesinado a los tres jóvenes.

Al llegar descubro como una imagen, como una fotografía fija alucinante a uno de mis primos, uno de los más amados, sentado en la banqueta llorando quedamente y musitando algo y meciendo a alguien en sus brazos, como lo hace una madre con su niño recién nacido; el cuerpo sangrante que mi primo sostenía era el de uno de los jóvenes asesinados que estaba parado sobre sus hombros colocando una manta; pasó una patrulla del ejército, disparó una ráfaga de ametralladora, y el joven cayó en sus brazos en donde agonizó; esa fue la continuación, pero no el final, del primer momento que he empezado a referirte.

Fue al día siguiente, en el entierro de nuestros compañeros asesinados, que ocurrió el segundo momento-choque, una experiencia posterior que imprimió el segundo tatuaje. Alguien de la Facultad me había puesto un brazalete que decía "Orden"; o "Disciplina", esto, para que fuéramos indicando a las mujeres en la manifestación (la manifestación del silencio; manifestación verdaderamente impresionante por cierto, conformaba exclusivamente por mujeres vestidas de negro; los hombres nos acompañaban vigilando todo lo que ocurría desde las banquetas), el número de personas que debían conformar una fila, la dirección que tomaríamos, etc. De pronto una mujer chaparrita, de rasgos bellamente indígenas, que aparentaba unos sesenta años y que seguramente sólo tenía cuarenta, se acerca a mí corriendo, me abraza fuertemente y me dice: "mi mas sentido pésame por sus muertos, señorita"... su frase me conmocionó. La emoción de desfilar por las calles de mi ciudad en una protesta cívica era grande; el dolor y la indignación por lo ocurrido también; pero que alguien se dirigiera a mí para expresar su pésame... la señora me llegaba escasamente a la barbilla. le di las gracias; al separarnos del abrazo me dijo: "sigan, señorita, sigan; estamos con Uds, tenemos fe en los estudiantes"; la palabra fe, por cierto, me produjo escalofríos...

Esta mujer me miraba ¿cómo te diré? sabiamente, sería el término que encuentro mas adecuado; por mi parte tenía clara conciencia, por la manera en que me miraba, que ella entendía todo, todo; lo novata que era yo en este tipo de actividades, mi atarantadez. Esa mujer nunca sabrá lo que habría de significar su frase en mi vida, en toda mi vida, como símbolo de las grandes mayorías de mi país; y de pronto, como si hubiera sufrido un choque eléctrico (asi de intensa fue la sensación) asumí la enorme responsabilidad que estaba adquiriendo ante esa mujer, ante esos miles de mujeres que minutos después cantaban el himno nacional. Porque, de alguna

manera, al mirarme como me miraba, esa mujer me exigía que yo le respondiera algo, que yo me comprometiera ante ella. Naturalmente que si lo analizo "objetivamente", la conclusión sería que era mi propia conciencia la que irrumpía; que era yo la que me autoexigía un compromiso; pero bueno, lo que importa para tu trabajo es que demos cuenta de nuestras subjetividades y por eso te narro lo que viví, lo que sentí en ese momento-choque, en ese instante crucial de mi existencia. Le dije en la total tartamudez: "vamos a seguir, señora; vamos a seguir, se lo prometo"; tu y yo hemos hablado antes, varias veces, de todo esto, ... cuando a veces llego a saturarme del dolor por las pérdidas, por la situación de Guatemala siempre igual en cuanto a asesinatos, secuestrados-desaparecidos, aldeas bombardeadas y destruidas, violaciones innumbrables del ejército contra la población rural... cuando "el dolor ya no me cabe" como solía decir Alaíde (1) y estoy a punto de derrumbarme, veo el rostro de esa señora (muy mayor a mis ojos de veinteañera de entonces) y sigo, trato de seguir...

Las sesiones plenarias en la Facultad, la participación en manifestaciones, el encuentro con ésta y otras mujeres y hombres que conocí en esas fechas me vulneraron profundamente; es decir, me tatuaron de manera irreversible, como te he dicho; de vez en cuando recuerdo, recreo esas jornadas y no puedo menos que estremecerme al asumir que después de todas estas décadas de lucha del pueblo de Guatemala y de los 200,000 muertos, ni siquiera la firma de la paz se ha consolidado. En Sudáfrica, después de más de tres siglos de horrores, finalmente un integrante de la mayoría negra ocupa la presidencia del país con la participación de la minoría blanca; ¡entre los guatemaltecos ni siquiera se firma todavía la paz" ¡Qué enorme joroba histórica llevamos a cuestas! ¡Qué enorme y tóxica, Norma!

La gran enseñanza obtenida en esas jornadas, como ya te

lo señalé, fue el tomar conciencia de la realidad global de nuestros países latinoamericanos, de mi propio país; y como resultado, adquirir un compromiso y las consecuencias que los mismos - conciencia y compromiso - conllevan, eso lo sé ahora, por supuesto ¿quien los sabe cuando empieza a actuar?... ¿cuando desfilas o corres con los otros porque han recién cortado de tajo vidas humanas y sencillamente tienes que gritar tu NO? ¿cuando participas en una manifestación en que se lucha por lo mínimo, por lo elemental; en que sencillamente luchas por el derecho a la vida?; nadie sabe las consecuencias que a largo plazo, en el decurso de cualquier vida humana significarán esos primeros desafíos y tus respuestas casi instintivas a los mismos; lo único que sabes es que de allí en adelante vas a exigir y a luchar, a tratar de luchar, por mínima o humilde que sea tu participación, pero con plena conciencia ya de lo que haces.

¿Por qué esta decisión a partir de las enseñanzas adquiridas en esas jornadas y con la que he tratado de ser consecuente el resto de mi existencia? (1) el fenómeno es muy sencillo de explicar, plantea Marguerite Yourcenar en **Como el agua que fluye**: "todo ha sido vivido y revivido millares de veces por los seres desaparecidos que llevamos en nuestras fibras, del mismo modo que en ellas llevamos también a los millares de seres que un día serán. La única pregunta que sin cesar se nos plantea es el porqué de entre esas innumerables partículas que flotan dentro de nosotros hay unas que fluyen a la superficie y otras no". Al hablarte de mi infancia y juventud como lo hice, al describirte los momentos-choque, traté de responder a esa pregunta de la Yourcenar.

De allí en adelante seguí participando hasta que de nuevo, en noviembre del 63, tuve que dejar Guatemala después de solamente tres años de residir en mi país. Es obvio que la importancia que tiene el que recopiles nuestras historias de vida, radica en al posibilidad que éstas tengan de

tronco de la Sección Mexicana lo integramos con mi prima Miriam casada con un antropólogo de mi generación) ambas nos dicen con bastante frecuencia, profundamente conmovidas: "Como se aman los nenes entre ellos, se les ilumina la cara cuando ven al otro". ¡Uf! decimos Miriam y yo. Para terminar lo relativo a la familia te cuento otra anécdota: a los pocos días de nacidos los hijos, ahora tienen dos años, Milita tuvo que dejar de darle de mamar al suyo porque tenía los senos agrietados; naturalmente todos estábamos preocupados de que el bebé estuviera tomando leche artificial. Un buen día mi hija probó a ver si el bebe tomaba de sus senos. La criatura mamó y mamó embelesada, sin siquiera notar la diferencia de mamá. "La abuelita hizo lo mismo con varios niños que no eran suyos", acotó Miriam. Como ves, el amor vá para largo durante varias generaciones más -Juan Pablo y mi sobrino nieto son integrantes de la quinta- aunque siempre fuimos muy pocos los que llevamos el apellido Quan.

¿De mí, ahora? ¿de lo que pienso y siento al asumir que en dos meses más tendré 59 años?. Te voy a responder con algo que plantea Gloria Steinem en una entrevista recién publicada en México y que dice de manera mas que adecuada lo que pienso al respecto; primero señala que cumplir sesenta es para ella una ocasión mas feliz que lo fue haber cumplido cuarenta o cincuenta... "Pero ahora llego a los 60 y me doy cuenta que la cosa no termina aquí sino que aún hay mucho qué hacer. Hay todo un territorio enorme que comienza a los 60. Asusta, porque no está en el mapa, pero precisamente por eso es atractivo; porque no está en el mapa". Así es, así de en paz conmigo misma me siento; y emocionada también de entrar a ese territorio, sin mapa alguno.

Pero me falta algo de la familia: respecto a mi otra abuela, la que adquirí en las jornadas de marzo y abril de 62 (la chaparrita, la muy mayor a mis ojos de veinteañera) quiero decirle... sé que me escucha y me vé igual que doña

Mariana... que evidentemente no puedo hablar por todos los universitario de entonces ni mucho menos responsabilizarme por ellos, pero que en lo que a mi respecta he tratado de cumplir mi promesa de segur, y que aún ahora que tengo la edad que ella aparentaba tener en ese entonces, aun y más que nunca ahora, trato de seguir... (7)

Y ahora sí me tengo qué ir, hoy cuido a Juan Pablo, Yoshi toma un seminario los miércoles por la tarde en la UNAM y me lo lleva a casa; ya deben estar allí. Mi nieto, por cierto, tiene una extraña fascinación por mi cuarto y por los objetos que lo constituyen: fotos, cuadros, libros y las mil maravillas que para él seguramente éste representa; si entró habrá que sacarlo con grúa. Por cierto, para las próximas fiestas navideñas tengo la ilusión de que Juan Pablo, que para entonces tendrá dos años y medio, ya empezará a ayudarnos a hacer los nacimientos de las distintas casas, que en la familia elaboramos colectivamente...

Septiembre 1994.

NOTAS DE LA TERCERA PARTE: *

(1) La familia Solórzano Foppa (Alaíde, Mario, Juan Pablo y Alfonso) era una de las familias más cercanas de Stella en México, Los tres primeros murieron como resultado de la violencia contrainsurgente en Guatemala. Alfonso fue atropellado por un auto en la ciudad de México. La historia de vida de éste último fue una de las siete que integraron el material de campo de la tesis de maestría de Stella, Guatemala: una cultura de la ignominia, siete historias de vida de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México (ENAH, noviembre 1972). La misma obtuvo una recomendación del Premio Casa de las Américas (1973) para su publicación. El texto no fue publicado y permanece inédito, excepto el tiraje de cincuenta ejemplares impresos para el trámite burocrático de la ENAH. Pese a esto, la obra sigue siendo citada por distintos estudiosos; ver por ejemplo, para esta década, Piero Gleijeses, Shattered hope, the guatemalan revolution and the United States, 1944-54, Princeton University Press, 1991 y Susanne Jonas, The Battle for Guatemala, - Rebels, Death Squads, and U. S. Power, Westview Press, Boulder, San Francisco & Oxford, (N. de C.)

(2) Movilización estudiantil que culminó con "La matanza de Tlatelolco" en donde alrededor de tres mil estudiantes perdieron la vida. (N. de C.)

(3) En diciembre de 1980, el diario El Fígaro contrató al doctor en Filosofía de la UNAM, Juan Garzón, para que éste y sus colaboradores lo convirtieran, de un periódico de frivolidades, en uno de consulta. Stella fue llamada por la nueva dirección para hacerse cargo de una columna trisemanal sobre Centro América, de diciembre 80 a junio 81; allí publicó cuarenta artículos, la mitad firmados con su nombre y

* de la compiladora: Norma Stoltz Chinchilla
la mitad con el pseudónimo Mariana Valenzuela; el primero (y varios más de ellos) fue abogando por la vida de su amiga, Alaíde Foppa. Pese a que cuando Alaíde partió para Guatemala, Stella ya había recibido y aceptado la propuesta de El Figaro, no le comunicó la noticia, se la tenía reservada para su regreso, a sabiendas de lo grata que ésta sería para Alaíde. Cuando Alaíde fundó con otras mujeres mexicanas la revista, FEM, solían hacer lo siguiente con Stella. Llamada de Alaíde: "tengo 20 líneas libres para Guatemala para el próximo número ¿te llamo en media hora para que me las dictes?; el tema (por ejemplo) es sobre mujeres y religión". La respuesta de Stella fue siempre afirmativa. (N. de C.)

(4) Stella es la autora del ensayo sobre Guatemala en la antología *Sisterhood is global*, sus artículos Cuadernos de Marcha - Nueva Epoca, la revista del Consejo Superior Universitario Centroamericano, Cuadernos Universitarios de la USAC, Guatemala, los periódicos Unomásuno y El Fígaro de México, etc.

(5) A Stella se le solicitó colaborar con la producción de la película El Norte por su formación antropológica mientras el equipo de filmación se encontraba en México; eso ocurrió con varios guatemaltecos más, entre otros el escritor Arturo Arias (and honorem). Mas tarde se le solicitó hacer el papel de "la tía Josefita", la madrina ladina, papel que Stella hizo en la película.

(6) Días después de la matanza en la Embajada de España en Guatemala 8enero 30, 1980), un grupo de académicas latinoamericanas y europeas (Alaíde y Stella entre ellas) fundan en la ciudad de México la Agrupación Internacional de Mujeres Contra la Represión en Guatemala (AIMUR), que se mantuvo activa de febrero a diciembre de 1980. A partir del

secuestro-desaparición de Alaíde, sus integrantes se unen a distintos grupos para fundar el CIVAF (Comité Internacional por la Vida de Alaíde Foppa). Las movilizaciones organizadas por el CIVAF fueron múltiples y diversas, la Sección Mexicana de Amnistía internacional (a la que Alaíde pertenecía) tuvo un papel destacado en el CIVAF, lo mismo que distintas instancias de la universidad Autónoma de México -UNAM- de donde Alaíde era maestra de la Facultad de Filosofía y Letras. Alaíde fue también la fundadora de la prestigiada revista FEM en México y del primer programa sobre la mujer (Foro de la mujer de Radio UNAM) que existiera en México. El último de los programas que había dejado grabado antes de su viaje a Guatemala, fue difundido por Radio-UNAM, en el espacio de Foro de la Mujer, cuando ya en México se sabía la noticia de su secuestro, acaecido el 19 de diciembre de 1980. Se trata de una entrevista con jóvenes mujeres guatemaltecas indígenas, del Comité de Unidad Campesina (CUC), transcrita y publicada después por varias revistas mexicanas. Alaíde había solicitado que la entrevista se difundiera únicamente a su regreso. A partir de septiembre 79 Stella ha estado vinculada con la Sección Mexicana de Amnistía Internacional; en esas fechas coordinó, junto con Mario Solórzano Foppa, un sinnúmero de actividades contra la represión y en pro de los derechos humanos en Guatemala, que A. I. llevara a cabo en la ciudad de México y en donde decenas de guatemaltecos colaboraron para su realización (mesas redondas, jornadas culturales, exposición de artesanías, etc.). Más tarde se hizo integrante de la misma, con la que en la actualidad sigue vinculada.

(7) Un trabajo reciente de Stella, Comentarios a Shattered hope, The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954 de Piero Gleijeses fue publicado en el primer número (marzo-mayo 1984) de la Revista Guatemalteca de cultura y política, Jaguar-Venado, de la que también es colaboradora (edit. Nuria Boldó, Querétaro, Qro., México,

1984)

que se hizo en el Programa del que te hablo. Conocí allí, en ese Centro a unas sesenta mujeres, guatemaltecas y salvadoreñas mayoritariamente; era clarísimo, en el caso de las compatriotas, que había que trabajar las relaciones interétnicas ladino-indígenas porque al llegar a ese tema espinoso, lo que ocurría era el silencio. Fue por eso que día el siguiente paso organizando el grupo exclusivamente con mujeres guatemaltecas sobre exilio e identidad. En éste, mi objetivo fue que nuestras experiencias sirvieran para la reflexión conjunta de lo que ha sido y es la historia de la mujer guatemalteca y que con esa reflexión una vez divulgada, con un material producido por mujeres indias y ladinas en trabajo de equipo, éste pudiera servir como estímulo para la reflexión paralela y posterior de distintos grupos de mujeres y hombres en y fuera de nuestro país. Se decidió grupalmente que las distintas instancias en los que las mujeres estaban integradas -las que lo estaban- sabrían de las temáticas que debatíamos en nuestro taller; lo que no podía hacerse era informar quien había dado tal o cual opinión. Entre otras cosas, el material presentado en el Encuentro Feminista Internacional realizado en Taxco en 87, presentado por las mujeres guatemaltecas indígenas emanó de ese trabajo grupal; dos de las compañeras asistentes eran integrantes del grupo.

A nivel académico fue una década de una enorme riqueza, finalmente me di tiempo para sistematizar lo que hasta entonces era un conocimiento disperso sobre feminismo, esto lo hice en el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México en donde trabajé teóricamente el proyecto que incluía la dinámica grupal de la que recién te he hablado; puedo decirte que mis expectativas del taller del que fui parte durante cuatro años (Investigación Social Sobre La Mujer, 1982-86) fueron superadas por la realidad, muy superadas. Lo mismo está ocurriendo ahora en los noventa con el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) de la UNAM al que me he

que se hizo en el Programa del que te hablo. Conocí allí, en ese Centro a unas sesenta mujeres, guatemaltecas y salvadoreñas mayoritariamente; era clarísimo, en el caso de las compatriotas, que había que trabajar las relaciones interétnicas ladino-indígenas porque al llegar a ese tema espinoso, lo que ocurría era el silencio. Fue por eso que día el siguiente paso organizando el grupo exclusivamente con mujeres guatemaltecas sobre exilio e identidad. En éste, mi objetivo fue que nuestras experiencias sirvieran para la reflexión conjunta de lo que ha sido y es la historia de la mujer guatemalteca y que con esa reflexión una vez divulgada, con un material producido por mujeres indias y ladinas en trabajo de equipo, éste pudiera servir como estímulo para la reflexión paralela y posterior de distintos grupos de mujeres y hombres en y fuera de nuestro país. Se decidió grupalmente que las distintas instancias en los que las mujeres estaban integradas -las que lo estaban- sabrían de las temáticas que debatíamos en nuestro taller; lo que no podía hacerse era informar quien había dado tal o cual opinión. Entre otras cosas, el material presentado en el Encuentro Feminista Internacional realizado en Taxco en 87, presentado por las mujeres guatemaltecas indígenas emanó de ese trabajo grupal; dos de las compañeras asistentes eran integrantes del grupo.

A nivel académico fue una década de una enorme riqueza, finalmente me di tiempo para sistematizar lo que hasta entonces era un conocimiento disperso sobre feminismo, esto lo hice en el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México en donde trabajé teóricamente el proyecto que incluía la dinámica grupal de la que recién te he hablado; puedo decirte que mis expectativas del taller del que fui parte durante cuatro años (Investigación Social Sobre La Mujer, 1982-86) fueron superadas por la realidad, muy superadas. Lo mismo está ocurriendo ahora en los noventa con el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) de la UNAM al que me he

integrado desde principio de año; hace apenas dos que se fundó. Me es muy grato decirte esto, sumamente grato; son decenas y decenas de mujeres las que ahora tienen posibilidades de llevar a cabo estudios de género en México y la calidad de los que existen son óptimos; también la Universidad Autónoma Metropolitana ofrece una excelente formación, a nivel de posgrado ahora.

En esos años también dediqué buena parte de mi tiempo a publicar artículos y ensayos para divulgar lo que estaba ocurriendo en Guatemala (4), a manifestarme individual y colectivamente contra el horro, en cualquier foro en que se nos permitiera participar, imagínate, hasta en El Norte (5) participé.

Pero la década de los ochenta, a nivel personal, fue una de pérdidas de seres amadísimos, Juan Pablo, Alaíde, Mario y Alfonso, para sólo mencionarte los más cercano. Afortunadamente, quizá por la historia de vida que te he esbozado, porque eran duelos compartidos con gente muy querida y porque tenía dos hijos que dependían esencialmente de mí, pude superar sus muertes no permitiendo el derrumbe o la parálisis. Mi hijo tenía quince años cuando Alaíde fue secuestrada-desaparecida, mi hija, catorce, esto ocurrió el 19 de diciembre de 1980. Recién las releo y por eso recordé cómo me aferraba a las que alguna vez James Baldwin señaló como las palabras clave: disciplina, amor, suerte, pero sobre todo aguante; tu y yo nos conocimos poquito después el secuestro de Alaíde, mi primera tarea matutina verbalizada internamente, era **aguantar** en se lejano entonces.

Frente a la indignación, frente al dolor de lo que estaba ocurriendo en Guatemala, respondíamos con una actividad desahogada y extenuante a manera de construir amortiguadores que nos permitieran **aguantar**, para que al penetrar puntual y brutalmente las noticias, éstas no nos

explotaran internamente como granadas de guerra, destruyéndonos las entrañas; en el caso de Alaíde, las mujeres en México demostraron, en esa ocasión, lo que puede lograrse cuando dirijen un movimiento y luchan como lo hicieron ellas, logrando la participación de centenas de mujeres y hombres, nacional e internacionalmente (6):

Cuando en casa de Alaíde y Alfonso éste nos informó (me acompañaba una amiga de AIMUR) en la estancia de la muerte de Juan Pablo y Alaíde salió de su estudio al escuchar nuestra voz y se tiró a mis brazos, súbitamente volvió la imagen, la "foto fija" de mi primo con el amigo agonizando en su regazo en 62 y mi sensación fue que esta vez, la ráfaga de ametralladora nos había alcanzado a las dos.

Hablaba recientemente sobre los ochentas con un amigo guatemalteco con quien participamos cercanamente en instancias contra la represión y por los derechos humanos en Guatemala. Me planteaba que cuando se califican esos años de América Latina como la década perdida, a veces él pensaba (¿quien de nosotros no lo ha hecho?) que también había sido una década perdida para todos nosotros, en nuestras vidas personales y familiares, en nuestro trabajo profesional, por el nivel de angustia y compulsión con que trabajábamos, por la manera como, casi inadvertidamente, convertíamos nuestros hogares en centros de trabajo, ocupados siempre en algo relativo a Guatemala y pendientes permanentemente del más mínimo suceso ocurrido allá. Ciertamente la vida cotidiana no es fácil de vivirse plenamente cuando "todo lo sólido se desvanece en el aire" y cuando los momentos-choque se vuelven lo usual y nó lo extraordinario como te dije antes.

Quizá valdría la pena detenerse un poco en lo que ahora es casi un lugar común llamar "la cultura del miedo en Guatemala" y de cómo ésta nos ha vulnerado. Por supuesto que esta cultura, simultánea a la de la de la resistencia (cuando

nó se trata de actores pasivos), permea todas las áreas de nuestra existencia; en cuanto a lo familiar porque nuestros hijos también amaron a los amigos que a lo largo de los años fueron siendo asesinados, secuestrados-desaparecidos, para mencionar un sólo ejemplo. ¿Están ellos exentos de esa cultura, de esas dos culturas: resistencia y miedo? ¿cuantas generaciones de guatemaltecos hemos recibido y damos ese miedo por herencia, aunque también, afortunadamente, la de la resistencia. Profesionalmente porque a la hora de publicar nuestros materiales, para darte otro ejemplo concreto de algo que conozco bien porque los he recopilado (sueños-pesadillas), aunque conscientemente se trabaja seria y sistemáticamente en ellos, sin temor, escribiendo tal y como pensamos y hemos investigado, llega la noche, la hora de dormir y allí aparecen las pesadillas, los horrores; el inconsciente, atemporal y amora, es el amo; y sin los frenos de la vigilia, aparecen el miedo y la culpa; todo lo reprimido durante las horas de conciencia estalla cuando duermes. Y en las pesadillas, por lo que has publicado ("por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa"), amigas y amigos cercanos son brutalmente torturados sin morir nunca. Al día siguiente y semanas después de ese sueño mil veces repetido, o de un conjunto de sueños similares, sigues trabajando como siempre (de manera consciente), pero un día te percatas de que te estás autoboicoteando, de que página a página te estás poniendo zancadillas, de que el ensayo sencillamente "no sale"; tu y yo hemos hablado de eso antes.

Varios amigos y yo hemos tenido la fortuna de trabajar todo esto psicoterapeuticamente. ¿Y los miles y miles de guatemaltecas y guatemaltecos que no han podido financiárselo, que no han contado con el apoyo de trabajo en pequeño grupo para verbalizar y trabajar conjuntamente todas estas cosas, como lo hacíamos en el Primer Programa de la Mujer Refugiada o en el grupo sobre identidad y exilio?. Esporádicamente, como te mencioné antes, recopilo sueños,

muchas veces no hace falta que lo solicite, distintas personas me cuentan los suyos; no falla, no falla; y estoy segura, que así como nadie está exento de las consecuencias de vivir en una cultura del miedo, o de provenir de ella en el caso de los que estamos fuera, nadie está exento tampoco, de tener esas pesadillas - incluyendo a los actores pasivos.

Evidentemente ese miedo introyectado durante tantas generaciones irrumpe en la vida cotidiana cuando menos lo esperas, con frecuencia he pensado que si nos uera dable conocer los materiales no publicados de guatemaltecas y gualtemaltecos, nos encontraríamos con verdaderos tesoros de las distintas disciplinas sociales, de la literatura. Pero la autocensura no conscientemente buscada es autodestructiva y feroz, como cualquier otra manifestación de la culpa y el miedo. En ese sentido, el libro de Aguilera Peralta y compañeros, *Dialéctica del terror en Guatemala*, me sigue pareciendo un material valiosísimo en cuanto a contenido y un ejemplo des cómo el dolor puede convertirse en motor para la acción y nó para el derrumbe.

Los noventas empezaron con grandes satisfacciones: Rigoberta, Nóbel de la paz y que al fin empezara a romperse masivamente la muralla de omisiones y silencios sobre Guatemala. Un procurador de los derechos humanos que llegaba a la presidencia del país; lo segundo, lamentablemente, terminó siendo un fiasco, los militares siguen siendo los amos y señores.

¿Mi vida profesional? tuve una hermosa experiencia de dar clases a nivel de maestría en una universidad de provincia de finales del 92 a mediados del 93 y fue lindo porque tuve alumnos de distintas disciplinas, alumnos con licenciaturas en filosofía, letras, historia, etc., y eso fue sumamente estimulante. Salía de la ciudad de México a las ocho de la mañana y regresaba a las diez de la noche, me